

DESARME, PAZ Y DESARROLLO

Rodolfo Stavenhagen

La relación entre paz, desarme y desarrollo ha sido señalada en múltiples ocasiones. El Documento Final de la Asamblea General Extraordinaria de las Naciones Unidas sobre el Desarme, que tuvo lugar en 1978, establece, entre otros puntos, en su párrafo 12, que la carrera de armamentos "afecta adversamente a los derechos de los pueblos a determinar libremente sus sistemas de desarrollo económico y social, y obstaculiza la lucha en pro de la libre determinación y la eliminación del dominio colonial, la dominación racial o extranjera o la ocupación". En el párrafo 16, el mismo documento dice:

"En un mundo de recursos finitos, hay una estrecha relación entre los gastos en armamentos y el desarrollo económico y social. Los gastos militares están alcanzando niveles cada vez más altos, pudiendo imputarse el mayor porcentaje a los Estados poseedores de armas nucleares y a la mayoría de sus aliados, y existe la perspectiva de que se eleven aún más y el peligro de gastos cada vez mayores también en otros países. Los cientos de miles de millones de dólares gastados anualmente en la fabricación o el perfeccionamiento de armas ofrecen un contraste sombrío y dramático con la escasez y la miseria en que viven dos tercios de la población mundial".

Más adelante, en el párrafo 35 se afirma: "Existe también una estrecha relación entre el desarme y el desarrollo. El progreso respecto del primero contribuiría en grado sumo al logro del segundo. Por consiguiente, los recursos liberados como resultado de la aplicación de medidas de desarme deberían dedicarse al desarrollo económico y social de todas las naciones y a ayudar a eliminar el desnivel económico entre los países desarrollados y los países en desarrollo".

En el Estudio de la relación entre desarme y desarrollo que llevó a cabo un grupo de expertos, entre los cuales estaba representado México (en la persona de Don Plácido García Reynoso), para la ONU durante los años 1978 a 1981, se detallan los considerables gastos que el mundo destina a los armamentos (500 000 millones de dólares en 1980 y del 5 al 8% de la producción mundial total durante los últimos 30 años); también se subraya la enorme importancia del tráfico mundial de armamentos,

así como el hecho de que alrededor de 50 millones de personas se hallan dedicadas directa o indirectamente a actividades militares en todo el Mundo, entre ellos unos 500 000 científicos e ingenieros dedicados a actividades de investigación y desarrollo con fines militares.

El estudio señala las posibilidades de reconversión de la economía militar mundial, que permitiría dedicar estos considerables recursos destinados a la carrera armamentista a la satisfacción de las necesidades básicas de los millones de seres humanos que sufren hambre, pobreza y privaciones en el Mundo entero, y particularmente en los países en desarrollo.

La atención de la opinión pública mundial se concentra especialmente, y con razón, en los peligros para la Humanidad derivados de la carrera armamentista nuclear entre las superpotencias que, como dice el estudio de la ONU, concentran la mayor parte de los gastos militares en el Planeta. También la atención mundial se centra en las posibilidades del desarme nuclear, en las negociaciones entre las superpotencias, que sin duda es la tarea de mayor urgencia en el Mundo actualmente, si la Humanidad ha de sobrevivir.

Lo que se dice con menos frecuencia, es que aún sin disponer de armas nucleares, los países del Tercer Mundo (desde luego, algunos ya poseen estas mortíferas armas y otros están haciendo esfuerzos sistemáticos por obtenerlos), también están involucrados en el círculo diabólico de la carrera armamentista. Así, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, se estima que sólo en el llamado Tercer Mundo han tenido lugar más de doscientas guerras; el comercio mundial de armamentos se dirige en fuerte medida a los propios países del Tercer Mundo y algunos de ellos han comenzado a desarrollar sus propias industrias de armamentos y se están, incluso, convirtiendo en exportadores de armamentos. El problema, por tanto, no reside exclusivamente en las grandes potencias sino que lo tenemos también entre nosotros mismos, entre los países más pobres de la Tierra, más subdesarrollados, entre los Estados de África, Asia y América Latina.

Para el Tercer Mundo, las implicaciones del armamentismo, (es decir, del gasto creciente por parte de los gobiernos para la compra de armamentos) son suma-

mente graves, y tienen particular relación con las posibilidades y limitaciones del desarrollo económico. La sencilla ecuación económica, señalada por el estudio de la ONU mencionado anteriormente, dice que a mayor gasto para armamentos, menores serán los recursos disponibles para inversiones productivas para el desarrollo económico y social. Existen en el proceso del armamentismo otros elementos que vale la pena recalcar:

1) Los países del Tercer Mundo asumen cada vez más el papel de vicarios de las superpotencias en los conflictos de éstas. Gran número de conflictos armados en Africa y Asia (y actualmente estamos viviendo el peligro de ésto mismo en Centroamérica) no responden de ninguna manera a los intereses reales de los países involucrados en dichos conflictos, sino a los intereses estratégicos y geopolíticos de las grandes potencias.

2) El esfuerzo sostenido de diversas naciones industrializadas por vender armamentos y tecnología militar moderna a los países del Tercer Mundo, crea vínculos de dependencia tecnológica y económica que limitan cada vez más la independencia y soberanía de los países del Tercer Mundo y frustran sus esfuerzos por el desarrollo.

3) La transferencia de tecnología militar, que además contribuye al endeudamiento progresivo del Tercer Mundo, va acompañada de asistencia técnica, cursos de formación y capacitación, adoctrinamiento ideológico y político dirigidos a los militares del Tercer Mundo, lo cual contribuye a un creciente enajenamiento de estos ante los problemas reales de sus propios países.

4) Los aparatos militares del Tercer Mundo, alimentados y fortalecidos por las grandes potencias, se orientan cada vez más hacia la represión de la llamada subversión interna que a la defensa de la integridad territorial y la soberanía nacional, que se supone debe ser tradicionalmente el papel de las fuerzas armadas. De allí que estas fuerzas armadas hayan asumido con creciente frecuencia papeles netamente políticos en el interior de sus países, función en la que son alentadas por las grandes potencias.

5) Para justificar esta creciente intervención en los asuntos políticos de sus países, han desarrollado esquemas ideológicos tales como la doctrina de la seguridad nacional, que a su vez sirve de pretexto para fortalecer a las propias fuerzas armadas y que constituye uno de los mayores obstáculos para la solución política y pacífica de los problemas económicos y sociales que aquejan a los países del Tercer Mundo.

6) El armamentismo, a través de estas diversas derivaciones, constituye un elemento fundamental de la creciente militarización de nuestras sociedades. La militarización significa la intervención ya no sólo esporádica, sino permanente y persistente, de las fuerzas armadas en los asuntos políticos de sus Estados. Intervención, en la mayoría de los casos, antidemocrática e ilegal por ser violatoria de las constituciones y legislaciones nacionales. Los países del Tercer Mundo están

plagados de dictaduras militares, carentes de toda legitimidad popular, alentadas por las grandes potencias y que representan los intereses de éstas así como de diversas empresas transnacionales en contra de los verdaderos intereses de sus pueblos y naciones.

7) La militarización de los países del Tercer Mundo conlleva también la suspensión y abrogación de los procesos políticos democráticos como forma de resolver los problemas sociales y económicos, y significa formas autoritarias y arbitrarias del ejercicio del poder, generalmente en favor de los intereses de pequeñas minorías económicamente dominantes.

8) En consecuencia, la militarización implica también el ejercicio de la represión y la violación sistemática de los derechos humanos de la población, llegándose en ocasiones a situaciones de auténtico genocidio, como las que se han podido presenciar en años recientes en diversos países latinoamericanos.

9) Debido a sus vínculos con los intereses económicos y políticos de las grandes potencias, los militares en el poder (salvo honrosas excepciones) optan por establecer modelos de desarrollo económico basados en el predominio de la gran empresa transnacional, el mercado libre, el librecambismo, etc., que por ende han representado una especie de anti-desarrollo conduciendo a crecientes polarizaciones económicas y sociales, la creciente marginación de las grandes masas de la población y también la creciente desnacionalización de las economías nacionales.

El problema del desarme se plantea, en consecuencia, no simplemente como una técnica de reducción de armamentos o de limitación a los presupuestos militares de determinados países, sino como una compleja maraña de elementos políticos, económicos, sociales y culturales. Digo también culturales, porque existe algo así como una cultura del militarismo, que es estimulada por nuestros sistemas educativos y los medios de comunicación masiva: el culto a los héroes militares, la historia nacional enseñada fundamentalmente como historia militar, la glorificación en el cine, la televisión, las revistas de "monitos", etc. de la guerra y los hechos de armas, la identificación de la personalidad del niño varón con la violencia y la agresividad, etc., etc.

Existen, por supuesto, poderosas razones para que en los países del Tercer Mundo el militarismo cuente con una imagen y percepciones esencialmente positivas: en América Latina las independencias políticas del siglo XIX fueron el resultado de luchas armadas y campañas militares que actualmente forman parte de nuestra imagen de nación; posteriormente, hubo intervenciones imperialistas que fueron resistidas con mayor o menor éxito por los incipientes ejércitos nacionales; en los países de Africa y Asia, en cambio, la mayoría de las independencias se lograron mediante la negociación política (salvo algunas dramáticas excepciones bien conocidas), sin embargo, siendo uno de los principales atributos de la soberanía nacional el de la defensa del territorio

y el control sobre las fuerzas armadas propias, para muchos Estados que han logrado recientemente su independencia, la construcción de un ejército moderno y vistoso constituyó prácticamente una cuestión de honor y prestigio nacionales; en otras ocasiones, estos flamantes ejércitos, bien pertrechados y entrenados, por supuesto, por las antiguas metrópolis coloniales y por alguna de las nuevas metrópolis neo-coloniales, contribuyeron sin duda a preservar o simplemente a imponer una unidad nacional amenazada por intereses centrífugos estimulados en ocasiones por las propias grandes potencias.

Esta visión esencialmente positiva del papel de las fuerzas armadas forma ya parte de la cultura política de la mayoría de los Estados modernos, incluyendo desde luego a los del Tercer Mundo; pero las realidades contemporáneas son otras. El militarismo, como decíamos

al principio, se aleja cada vez más de los intereses verdaderamente nacionales, para responder a fuerzas y presiones que son esencialmente contrarias a éstos intereses nacionales.

La lucha por el desarme y por el desarrollo en nuestra época (dos conceptos que como vimos están estrechamente vinculados), pasa necesariamente por transformaciones políticas y económicas profundas en la mayoría de los países del Tercer Mundo — para no hablar de las grandes potencias nucleares—. Si queremos contribuir aunque sea mínimamente a prevenir el peligro de un holocausto nuclear, si queremos contribuir al desarrollo de nuestros países, a preservar la paz y a la defensa de los derechos humanos, entonces cada uno de nosotros debe asumir de alguna manera esta gran tarea de nuestra generación. Tal vez sea nuestra última oportunidad.